

CEUTA: TAN CERCA, TAN LEJOS

Llegan agotados, extenuados, con la incertidumbre de no saber qué va a ser de ellos a partir de ahora. Hombres, mujeres y niños a los que sin embargo, aún les quedan fuerzas para sonreír, por haber cumplido su objetivo.

Un objetivo logrado a costa de mucho esfuerzo, mucho sudor y mucho sufrimiento; a costa de haber abandonado un país, su país, en busca de un futuro que allí nunca podrían tener. Hambre, guerra, persecución, dificultades económicas... Eso es lo que tratan de dejar atrás. Como ellos dicen *"mucha problema"*.

Han pasado muchos meses desde que un día, allí en Camerún, Guinea, Congo, Sudán Costa de Marfil Marruecos...., decidieron emprender un camino, hasta su llegada a Ceuta, la puerta de Europa. Su oportunidad, la oportunidad. Un viaje largo y lleno de dificultades, de miedo, de soledad, que se agravan si cabe aún más, cuando la meta de esta etapa casi se puede rozar con los dedos.

Porque este último paso, cruzar la frontera que separa Marruecos de Ceuta, de España, esa línea imaginaria que algunos inventaron un día, resulta tan duro como el resto del viaje que ya quedó atrás.

Aquí es donde la impaciencia, la desesperación y el temor, pero también la esperanza y las ganas de luchar, se vuelven aún mayores viendo tan cerca el final del viaje. Tan cerca y tan lejos. Hay que esperar. Esperar mucho tiempo en el bosque. Hay que buscar el momento y lugar adecuados para cruzar esa línea que separa el futuro del pasado y del presente. Ese puente que se abre para unos y se cierra para otras muchas personas, según quién sea el que pide paso. Esperar. Y mientras tanto, sobrevivir. Escondidos, como si fueran delincuentes. Hombres y mujeres que arriesgan su vida cada vez que quieren conseguir tan sólo algo de comida. Pasando días y noches en la más absoluta oscuridad, la oscuridad del temor y de la soledad. Siempre temiendo ser descubiertos y devueltos al comienzo de su largo camino. Así durante días, semanas, meses.

Y cuando llega el momento oportuno, cuando el mal tiempo hace que la vigilancia resulte más difícil, cuando la noche es más cerrada, cuando la lluvia desdibuja el paisaje, cruzar. Por tierra o por mar, pero sea como sea arriesgando la vida. Porque son muchos los que se quedan en el camino, los que no logran alcanzar el otro lado, los que son capturados. Pero son muchos también los que no se rinden y vuelven a intentarlo una y otra vez. A empezar de cero, sólo para cumplir un sueño. Y lo logran. Llegar a Ceuta. Sin embargo, esa llegada supone también despertar, y encontrarse con que, aún cumplida una parte del sueño, la realidad es dura e impide que se cumpla el resto.

Se encuentran con una ciudad en la que no son bienvenidos, que pone innumerables barreras en su camino. Sin papeles, sin dinero y con un color de piel y un idioma que les delata. Inmigrantes africanos que viene *"a quitarnos el trabajo"*, *"que nos van a invadir"*, *"que son delincuentes"*. Que visten *de marca* en cuanto tienen la mínima posibilidad. Y es que nos guste o no, todavía hoy, la imagen lo dice todo. Por eso, tratan de pasar desapercibidos, de disimular su diferencia, de vestir bien, incluso a costa de no comer. ¿Es culpa suya querer ser como los demás?

Pero siguen siendo diferentes, y tratados como tales. Están en España, pero el peligro y el temor no desaparecen, existe aún el riesgo de que el viaje termine ahí. Hay que encontrar un lugar donde refugiarse, atravesar clandestinamente campos y calles, mirando con recelo a uno y otro lado, en busca de una seguridad que pocos lugares ofrecen.

La casa de las Hermanas Vedruna de Ceuta a pesar de ser pobre y no muy grande, es uno de esos lugares a los que acudir. En esta casa todas estas personas encuentran un lugar de descanso, seguridad, escucha y acogida, donde son atendidos en sus necesidades más básicas durante los primeros días hasta que logran concertar una entrevista para solicitar asilo o la tramitación de la expulsión a su país. Después también vienen a esta casa a curar sus heridas, para que se les acompañe al hospital si están enfermos, a resguardarse del frío o del calor, o simplemente a compartir sus experiencias, pedir información y asesoramiento legal o social. Vienen a clase de Español, a comer algo y sobre todo porque se sienten a gusto en ella.

Después, fuera..hay que vivir. A la espera de esos ansiados papeles que les posibiliten su paso a la Península. 14 kilómetros ¡solamente 14! Y, una vez allí encontrar un trabajo, una casa, formar una familia, que sus derechos como personas sean reconocidos; ésa es su esperanza. Pero solicitar el asilo no garantiza su concesión, los trámites son largos y difíciles, más para unas personas con una capacidad de comunicación limitada, debido al desconocimiento de la lengua, y al aislamiento que sufren en una ciudad como Ceuta. Algunos de estos hombres y mujeres son admitidos en el Centro de Estancia Temporal para Inmigrantes (CETI). Otros, no tienen otra opción que quedarse fuera, en la calle. Comiendo lo que pueden, durmiendo bajo un techo de estrellas, o quizás bajo un techo agrietado de un barracón o un colegio abandonado. Sobreviviendo a duras penas.

Nosotras, compartiendo comunitariamente la vida y las esperanzas con ellos nos sentimos enviadas por la Congregación y la Iglesia a permanecer en esta realidad privilegiada en la que Dios se nos revela y se sigue encarnando. Es para nosotras una experiencia de gracia, el sentir su fuerza en nuestra debilidad, experimentamos la muerte en el dolor y el sufrimiento de estos hermanos y hermanas, en la violación de sus derechos y en las presiones del gobierno hacia nosotras y nuestra misión. Experimentamos la resurrección en el enriquecimiento que supone compartir la vida tan estrechamente unidos y en el gozo de tantas muestras de apoyo que nos han fortalecido y han favorecido la experiencia de Dios en la única misión: hacer presente en la tierra el reino prometido a los pobres.

Por todo esto damos las gracias a todos los hermanos y hermanas que nos hacen experimentar en cada momento el Amor de Dios, que se hace presente entre nosotras a través de sus gestos, sus sonrisas y su fortaleza a pesar de las dificultades. Y si Dios quiere, seguiremos luchando por la justicia y trabajando a favor de la vida en abundancia acogiéndoles en nuestra casa.

Comunidad de Hermanas Vedruna de Ceuta